

Un ensayo sobre el genio

Quid illa vis, quae tandem est, quae investigat occulta, quae inventio, atque excogitatio dicitur?

[¿Qué decir, por último, de aquella fuerza que investiga las cosas ocultas que recibe el nombre de inventiva e imaginación?]

Cicerón, *Quaest. Tusc.*, lib. I

Aviso

El autor del siguiente ensayo tuvo ocasión, escribiendo sobre el gusto, de considerar su conexión con el genio. La atención que hubo de poner sobre esta última facultad, considerada desde ese enfoque, le convenció de que su naturaleza y sus principios admitían y requerían una investigación más completa de lo que hasta entonces se había intentado, lo cual le determinó a emprender tal investigación inmediatamente después de finalizar su primer trabajo. De acuerdo con su plan, la primera parte, y algunos avances hechos en la segunda, fueron concluidos hace mucho tiempo, durante el año 1758. Trabajaba entonces en un departamento que favorecía investigaciones de dicha índole; su continuidad le habría facilitado la oportunidad de completar el diseño en un tiempo breve, y la favorable recepción dada por el público a su *Ensayo sobre el gusto* le animó a ello; pero habiendo sido trasladado rápidamente a un departamento que necesariamente dirigía su principal atención a asuntos de diferente tipo, y que ocupaban su tiempo por completo, ha podido completar su proyecto, con largas y frecuentes interrupciones, sólo cuando las obligaciones cotidianas de su profesión le dejaban tiempo libre. Dichos intervalos de ociosidad le han permitido concretar sus pensamientos en la forma que ahora muestran. El tema es interesante; de su exposición, el público será el mejor juez.

Introducción

Subrayan quienes han estudiado con gran atención el estado del conocimiento humano, que los temas que el hombre ha investigado han sido, en muchos casos, determinados accidentalmente sin que se profundizara en ellos con aplicación regular, de acuerdo a su dignidad o a su conexión natural. Por esta razón, algunos temas de la más grande importancia han sido obviados y muchos más han sido imperfectamente examinados e investigados poco más allá de observaciones superficiales surgidas espontáneamente, desanimados los hombres por una voluble inclinación a prestarles la atención merecida. Esto ha ocurrido en todas las ciencias, pero especialmente en la ciencia de la naturaleza humana. Raramente se ha investigado con el cuidado que requiere un tema tan delicado y complejo. Lejos de concluir una investigación completa de esta curiosa región, los hombres se han dado por satisfechos con algunas incursiones desordenadas, visitando algunos pocos fragmentos que contribuían a satisfacer su curiosidad, penetrando apenas en ellos, y sólo en la medida en que su visión concreta lo requería.

Las mismas causas que produjeron tan superficial y fortuito método de investigación respecto a otros temas, lo produjeron respecto de la mente humana; y algunas circunstancias que impidieron nuestras investigaciones sobre este tema, efímeras y accidentales, no las hacemos extensivas a los demás. El fenómeno de la mente no tiene un campo de visibilidad tan grande como las cualidades del cuerpo. Es imposible hacer experimentos tan correctamente con el entendimiento o las pasiones, observarlos tan deliberadamente o repetirlos tan fácilmente como con las cosas materiales. Es necesario captar las apariencias cuando tienen lugar para descubrirlas, tan inmediatamente como se cobra conciencia de ellas, sea por sus efectos en la conducta o en la conversación de otros hombres. Por estas razones, dicha investigación requiere mucho tiempo, oportunidades favorables y una atención incesante para reunir un número tal de hechos

relativos a las potencias de la mente que sean suficientes como para deducir, mediante una adecuada y regular inducción, conclusiones que les conciernan.

Esta dificultad que afecta a la investigación de los principios de la naturaleza humana ha contribuido mucho a entorpecer el progreso de las investigaciones concernientes a los mismos y a impedir que algunos de los más importantes fueran abiertamente analizados. El genio mismo, principal facultad de la mente, el gran instrumento de toda investigación, ha sido siempre examinado apenas con cuidado. En los escritos de aquellos que tratan con gran precisión las facultades de la mente, sólo encontramos unas pocas observaciones incidentales respecto del genio. Se confiesa que es un tema de importancia capital, sin cuyo conocimiento no puede ser establecido un método regular para la invención, pero los descubrimientos deben continuar siendo hechos como han sido hechos hasta hoy, por mero azar. Aun así, se opina que es un objeto que no puede ser ni fijado ni reducido a principios generales: sus manifestaciones son consideradas casi universalmente como anómalas e inexplicables. Sin embargo, mientras se investiga, es mejor, si es que éste es realmente el caso, realizar al menos el intento de explicar la naturaleza y las variedades del genio desde las simples cualidades de la mente humana.

Primera parte

De la naturaleza del genio

Será adecuado comenzar nuestras investigaciones asegurándonos de qué es lo que propiamente constituye el genio como un poder intelectual distinto de todos los otros que poseemos. Esto nos proporcionará una concepción precisa de ello y nos dirigirá a descubrir qué otras operaciones del entendimiento tienen lugar durante su ejercitación o le dan sostén y de qué manera.

I

Del ámbito y el criterio del genio

Las facultades de la mente humana, pese a ser distintas en sí mismas, están generalmente conectadas en sus energías. Raramente cualquiera de ellas puede ser ejercida sin la ayuda de muchas otras. De tal manera, es muy difícil distinguir las manifestaciones que pertenecen a cada cual para diferenciar con precisión una facultad de las demás, y averiguar su peculiar naturaleza y área. El hábito de confundir nuestras facultades mentales entre ellas es demasiado fuerte como para proporcionar la minuciosa atención necesaria para realizar una separación; y la natural sutileza del asunto dificulta el reflejarlo con la atención precisa. Pero sin establecer, de este modo, la naturaleza concreta de cada facultad –subrayando sus diferencias reales respecto de aquellas que más se le asemejan y que están frecuentemente combinadas con ella–, nuestra concepción será imperfecta e indeterminada.

Los esfuerzos del genio no pueden ser nunca completos o regulares cuando alguna de las facultades intelectuales es marcadamente imperfecta. Recibe asistencia de todas. Pero el genio es, no obstante, una de las facultades intelectuales y cabe distinguirlo de las demás. Hay muchas producciones que están lejos de satisfacer a la razón, o de la completa aprobación del

gusto, en las que pese a ello reconocemos las marcas conspicuas del auténtico genio. Sus carencias descubren un defecto, no de éste, sino de alguna otra facultad. Actualmente, pocos jueces competentes afirmarán que las construcciones dialécticas de Aristóteles son de considerable utilidad para el fin al que él se propuso que respondiesen, el descubrimiento de la verdad; pero ese trabajo, tal vez más que ningún otro de los suyos, muestra la brújula de su genio. Será generalmente admitido que los escritos de Shakespeare poseen casi tantos grandes defectos como bondades; pero también será generalmente afirmado que su genio es tan original e inmenso como para situarle a la cabeza de los poetas modernos. Entonces, ¿cuál es el criterio preciso del genio? Si podemos determinar qué es, lograremos de una forma más fácil una concepción específica de la naturaleza de esta facultad.

La dificultad de determinar el ámbito del genio, que surge de la natural complejidad y la mutua conexión de las facultades del intelecto, se incrementa por la confusa aplicación de nombres a la que se ha dado ocasión. El genio es confundido, no sólo por el vulgo, sino incluso en muchas ocasiones por juiciosos escritores, con la mera capacidad. Nada, sin embargo, es más evidente que el que son totalmente distintos. La capacidad de aprendizaje está muy generalizada entre los seres humanos. Como los pájaros están hechos adecuadamente por la naturaleza para volar, el caballo, para el camino, o una bestia salvaje, para la fiereza, así la docilidad le resulta satisfactoria al hombre. Una criatura humana intachable en cualquier aspecto sería uno de los más grandes y raros monstruos. Muchos niños prometen algunos talentos aunque los imperativos de la cultura y otras causas con frecuencia los aplastan y frustran las infantiles intenciones de la naturaleza¹. La mera capacidad, en muchos asuntos, implica poco más que un escaso juicio, una memoria aceptable y una considerable industria. Pero el auténtico genio es muy diferente y mucho menos frecuente.

El genio es concretamente la facultad de *invención*, lo que significa aquello por lo que el hombre está cualificado para hacer nuevos descubrimientos en ciencia o para producir obras de arte originales. Podemos atribuir el gusto, el juicio o el conocimiento a un hombre incapaz de invención; pero no podemos reconocerlo como hombre de genio. Con el objeto de determinar hasta qué punto es merecedor de este carácter, debemos preguntarnos ¿ha descubierto algún principio nuevo en ciencia, o inventó

algún arte nuevo o llevó aquellas artes que ya eran practicadas a un nivel de perfección más alto que el de los antiguos maestros? O, al menos, en asuntos de ciencia, ¿perfeccionó los descubrimientos de sus predecesores y redujo principios previamente conocidos a un mayor grado de simplicidad y consistencia o los siguió a través de una cadena de consecuencias hasta ahora desconocida? O en las artes, ¿diseñó algún trabajo nuevo, diferente de los de sus predecesores, aunque quizás no los superase? Cualquiera cosa que no llegue a esto, es imitación servil o mediocre esfuerzo en pos de un trabajo pesado que, al no implicar invención, no puede ser considerado una prueba de genio, cualquiera que sea la capacidad, habilidad o diligencia que evidencie. Pero si un hombre muestra invención, ninguno de los defectos intelectuales que su obra revele puede privarle de ser proclamado un genio. Su invención puede ser irregular, salvaje, indisciplinada; pero sin duda esto ha de considerarse como una señal infalible del auténtico genio natural; y el grado de esta facultad que le adscribamos es siempre proporcional a nuestra estimación de la novedad, la dificultad o la dignidad de sus invenciones.

Estas observaciones, apenas mencionadas, están tan de acuerdo con nuestros sentimientos naturales que una larga descripción de las mismas sería superflua. El examen del carácter de aquellos a quienes la voz de todas las épocas ha proclamado como más eminentes por su genio así como del contexto particular en el que dicha eminencia les fue asignada, las confirmaría ampliamente. Pero unos pocos ejemplos aclararán el asunto.

La totalidad de los antiguos más celebrados por su genio en los grandes géneros poéticos inventaron algunas formas nuevas o llevaron las ya existentes a una mayor perfección; o, al menos, produjeron composiciones distintas de las de otros, fuera por una variación del tema o por un estilo peculiar y original. Esquilo, Sófocles y Eurípides no sólo compusieron varias tragedias en las que demostraron inventiva en la elaboración de la fábula, en la imaginación de los incidentes, en la construcción de los caracteres y en la concepción de sentimientos adaptados a ellos; además, cada uno logró algunas mejoras considerables en la construcción del drama². El genio de Homero siempre ha sido venerado. Su *Ilíada*, su *Odissea* e incluso sus más triviales producciones muestran igualmente tal riqueza y originalidad en casi cada modo posible que le hubieran asegurado al autor el reconocimiento de un genio fuera de lo común, incluso si hubiera vivido en la época más ilustrada y poseído todas las ventajas para

mejorar sus talentos naturales. Pero nuestro concepto de su inventiva se incrementa inmensamente cuando consideramos que vivió en una era de ignorancia, en la que la poesía se hallaba casi en su rudeza inicial; que no poseyó un modelo al cual pudiera sujetar sus concepciones o del que igualmente pudiera recibir una traza para sus grandes diseños; y que no siendo influido, sino solamente por la fuerza de sus propias habilidades, llevó de una vez todas las nobles formas de la poesía a su justa perfección, e incluyó también en sus trabajos los rudimentos de las demás formas de composición, los nutrientes desde los cuales, a juicio de Aristóteles³, los mejores escritores cultivaron la tragedia y la comedia y desde los que, en opinión de Quintiliano⁴, los oradores pudieron producir igualmente todas las virtudes de su arte. Una obra dotada de original y extensa inventiva, y por tanto sorprendentemente dispuesta, ha sido reconocida por todos los jueces capaces e imparciales como el emblema propio de un genio de primer orden. La *Eneida* es quizás más perfecta y carente de defectos que la *Iliada*, pero pocos han pretendido que Virgilio es el mayor de los poetas. Él no exhibe tan copiosa e ilimitada inventiva como su maestro. Además, Virgilio deriva de la imitación de muchas cosas respecto de las cuales Homero sólo está en deuda con su propia penetración. Si comparásemos la *Eneida* con *El paraíso perdido*, tan sólo en lo que respecta al genio que manifiestan, podríamos justamente preferir Milton a Virgilio. Pero aunque sepamos que Milton estaba perfectamente familiarizado con el mantuano y con Homero, que tuvo los trabajos de ambos bajo sus ojos y que escrupulosamente no los imitó, la naturaleza de su plan y la peculiaridad de muchos de los acontecimientos y caracteres de sus poemas requieren una mayor y más original inventiva que la que fuese necesaria para proporcionar un tema tan familiar a Homero como el de la *Eneida*. Será generalmente admitido que Shakespeare, en cuanto a genio, es superior a Milton. La preferencia surge de la superioridad de su invención. En los logros más sencillos de un poeta es con frecuencia imperfecto, pero la riqueza de sus descripciones, la multiplicidad y concreción de sus caracteres, la variedad, el equilibrio y la adecuación de sus sentimientos llevan las profundísimas marcas de su originalidad; y al mismo tiempo que las excelencias internas de sus trabajos muestran la exhuberancia de la invención, sabemos que su educación no le dio sino escasas oportunidades de estar familiarizado con aquellos maestros antiguos, de quienes podría haber tomado algunas de sus bellezas o con cuyo ejemplo podría haber mejorado sus facultades naturales.